

## **¿QUÉ ES CHERUB?**

CHERUB es una rama del servicio de inteligencia británico. Sus agentes tienen entre diez y diecisiete años. Los querubines son huérfanos que han sido reclutados en casas de acogida y entrenados para trabajar en misiones secretas. Viven en el campus de CHERUB, un complejo secreto situado en algún lugar de la campiña inglesa.

## **¿QUÉ UTILIDAD TIENEN LOS NIÑOS?**

Mucha. Nadie sospecha que puedan estar participando en una misión secreta, lo que significa que tienen más probabilidades de conseguir cosas que a los adultos les resultarían muy difíciles de obtener.

## **¿QUIÉNES SON?**

En el campus de CHERUB viven unos trescientos niños. JAMES ADAMS, de trece años, es nuestro héroe. Es un agente muy respetado y cuenta en su haber con dos exitosas misiones; pero tiene la mala costumbre de meterse en líos. LAUREN ADAMS, su hermana pequeña, se encuentra en la recta final de su entrenamiento básico. Si aprueba el curso, quedará capacitada para participar en misiones secretas. KERRY CHANG, la novia de James, nació en Hong Kong y es campeona de kárate. Entre los amigos más cercanos de James en el campus hemos de mencionar a BRUCE NORRIS, GABRIELLE O'BRIEN y los gemelos CALLUM y CONNOR REILLY. Su mejor amigo es KYLE BLUEMAN, de quince años de dad.

## **¿Y LAS CAMISETAS?**

Los querubines se clasifican según el color de la camiseta que llevan en el campus de CHERUB. El NARANJA es para vi-

sitantes. El ROJO es para niños que viven en el campus, pero son demasiado pequeños para ser considerados agentes. El AZUL es para aquellos que están pasando por la fase más dura, el entrenamiento básico, de cien días de duración. El GRIS significa que el chico ya está cualificado como agente. El AZUL MARINO es la recompensa por una actuación destacada en una misión. Si el chico sigue haciéndolo bien, acabará su trayectoria en CHERUB llevando una camiseta NEGRA, el máximo reconocimiento a la excelencia como agente. Y cuando se retire, a los diecisiete años, obtendrá una camiseta BLANCA, que es también la que lleva el personal.

# 1. FRÍO

*Antes de comenzar el entrenamiento básico, probablemente ya habrás oído historias sobre este curso de cien días contadas por agentes CHERUB cualificados. No obstante, y aunque todos los cursos de entrenamiento básico se diseñan para proporcionar los fundamentos de una forma física óptima y una fortaleza mental inquebrantable, tu entrenamiento diferirá del de tus predecesores a fin de mantener el factor sorpresa.*

*Extracto del Manual de entrenamiento básico de CHERUB.*

Todo se veía igual en cualquier dirección. La luz solar que resplandecía sobre el campo de nieve impedía que las dos niñas de diez años viesan más allá de veinte metros, pese a las gafas de esquí tintadas que les protegían los ojos.

—¿Cuánto falta para el punto de control? —gritó Lauren Adams, deteniéndose para mirar el GPS que su mejor amiga llevaba sujeto a la muñeca.

—¡Sólo dos kilómetros y medio! —le respondió Bethany también a gritos—. ¡Si el suelo sigue llano, deberíamos llegar al refugio dentro de cuarenta minutos!

Las chicas tenían que gritar para que su voz superara los aullidos del viento y las gruesas capas de tejido que les cubrían las orejas.

—¡Eso es casi a la puesta del sol! —chilló Lauren—. ¡Será mejor que sigamos adelante!

Habían salido al amanecer, arrastrando trineos ligeros que podían colgarse de los hombros y cargar como si fueran mochilas en los terrenos difíciles. La buena noticia era que las dos reclutas CHERUB en prácticas tenían todo el día para recorrer quince kilómetros de un campo nevado de Alaska hasta el siguiente punto de control. La mala noticia era que, a aquellas alturas de abril, sólo había cuatro horas de luz diurna, y caminar sobre medio metro de nieve suponía un enorme esfuerzo para sus muslos y tobillos. Cada paso era una tortura.

Lauren oyó que en la distancia se elevaba un aullido.

—¡Se nos viene encima otra de las grandes! —gritó.

Las chicas se agacharon, sujetaron sus trineos y se abrazaron con fuerza por la cintura. Al igual que se puede oír cómo las olas se acercan a la playa, en medio de los campos nevados de Alaska puede oírse el movimiento de una potente ráfaga de viento en la distancia.

Las dos niñas iban vestidas para resistir el frío extremo. La ropa interior habitual de Lauren estaba cubierta por una camiseta termal de manga larga y calzones largos. La siguiente capa era un traje con cremallera hecho de forro polar que le cubría todo el cuerpo, excepto una rendija alrededor de los ojos. El segundo forro polar estaba diseñado para retener el calor corporal. Parecía un holgado traje de conejito de Pascua, sólo que sin cola de pompón ni orejas. Después había guantes, pasamontañas, gafas de esquí y unos guantes exteriores e impermeables que le llegaban hasta los codos, dotados de un puño elástico fuertemente ajustado. Por último llevaban un anorak de grueso acolchado y botas de nieve con suela de clavos.

Aquella ropa las mantenía calientes mientras caminaban a pesar de que la temperatura era de menos 18°C, salvo cuando descendía bruscamente cada vez que las azotaba una fuerte racha de viento. Éste neutralizaba el aire caliente entre las prendas y sólo dejaba un par de centímetros de fibra sintética entre la piel de las muchachas y el aire, tremendamente frío. Cada embestida les atravesaba el cuerpo y provocaba un dolor cortante en cualquier área expuesta.

Lauren y Bethany emplearon sus trineos como cortavientos cuando las alcanzó la ráfaga. Un punzante aire frío se

coló a través de la montura ajustadísima de las gafas de Lauren, que hundió la cara en el traje de Bethany y cerró los ojos con fuerza, mientras la nieve y el hielo vapuleaban su capucha de un modo ensordecedor.

Cuando la ráfaga pasó y la nieve se hubo asentado, Lauren se sacudió el polvo blanco de la ropa y logró ponerse en pie a duras penas.

—¿Todo bien? —gritó Bethany.

Lauren alzó los pulgares.

—¡Noventa y nueve días superados; uno por superar! —respondió.

El refugio nocturno de Lauren y Bethany era un contenedor de metal pintado en un tono naranja extremadamente visible. Era la clase de contenedor que uno espera ver pasar por la autopista, colocado en la caja de un camión articulado. En el techo tenía un repetidor de radio y un asta destrozada.

Las chicas le habían ganado la partida a la oscuridad. El rostro distante del sol ya estaba tocando el horizonte, y la luz que proyectaba a través de la bruma de la nieve confería al paisaje un matiz de amarillo granulado. Pero estaban demasiado agotadas para apreciar aquella belleza; lo único que les importaba era entrar en calor.

Les llevó unos minutos retirar la nieve que rodeaba las dos puertas metálicas que formaban un lado del refugio. Una vez abiertas, Lauren arrastró los trineos al interior mientras Bethany rebuscaba en un estante de madera la lámpara de gas. Lauren cerró las puertas de metal con un golpetazo que apenas se oyó en medio del viento huracanado.

—Esta noche tenemos menos combustible todavía —dijo Lauren mientras la lámpara se encendía con un vacilante resplandor azul.

La niña miró la única bombona de gas mientras se quitaba las gafas y el primer par de guantes. Tenía las manos heladas, pero resultaba imposible manipular algo con tres pares de guantes puestos.

En la primera noche de su semana en los páramos de Alaska, las chicas habían encontrado dos grandes bombonas

de gas en su refugio. De modo que caldearon la estancia hasta que estuvo templada, cocinaron abundantemente y calentaron agua para lavarse. La diversión terminó de forma abrupta cuando el gas se agotó en medio de la noche y la temperatura cayó rápidamente por debajo de cero grados. Tras aquella dura lección, las dos ponían especial cuidado en racionar sus reservas de combustible.

Bethany ajustó un tubo desde la botella de gas hasta un pequeño calentador y encendió una de sus tres secciones. Aquello elevaría lentamente la temperatura del contenedor por encima del nivel de congelación. Hasta que eso ocurriera, las muchachas seguirían con la ropa de abrigo puesta.

Pasaron los siguientes minutos revolviendo entre las provisiones. Había mucha comida de alto valor energético, como carne en conserva, tortas de avena, tallarines instantáneos, tabletas de chocolate y glucosa en polvo. También encontraron las instrucciones de la misión, ropa interior limpia, fundas nuevas para las botas y esterillas. Combinado con los cazos, utensilios y sacos de dormir que llevaban en los trineos, aquello bastaría para que las diecinueve horas que faltaban hasta la salida del sol fuesen razonablemente confortables.

Cuando se hubieron asegurado de tener todo lo básico, Lauren se preguntó qué habría debajo de la lona impermeable que había al fondo del refugio.

—Tendrá algo que ver con nuestra misión de mañana —supuso Bethany.

Se acercaron y retiraron la lona para dejar al descubierto una enorme caja de cartón. Tenía unos dos metros de largo y llegaba casi hasta los hombros de Lauren. Tras rasgar la capa de escarcha que cubría el cartón, quedó a la vista un logotipo de Yamaha y el dibujo de una moto de nieve.

—¡Genial! —exclamó Bethany—. No creo que mis piernas resistan otro día pateando por esa nieve.

—¿Has conducido una de éstas alguna vez? —preguntó Lauren.

—No. —Sacudió la cabeza, emocionada—. Pero no puede ser muy diferente de las motos de cuatro ruedas que montamos el verano pasado en el albergue juvenil... Vamos a

abrir las instrucciones para ver qué tenemos que hacer mañana.

—Será mejor que primero nos tomemos la temperatura y llamemos al campamento base.

Había un equipo de radio conectado a la antena del techo. Tenía la batería fría, y pasaron varios segundos hasta que se encendió el visualizador de frecuencia del panel central. Mientras esperaban, las chicas se turnaron para tomarse la temperatura corporal con una pequeña tira de plástico puesta en la axila.

En ambos casos el indicador señaló entre 35 y 36 grados. Eso significaba que estaban algo por debajo de la temperatura corporal normal, como cabía esperar de dos personas que habían pasado horas sometidas a un frío extremo. Una hora más habría bastado para que sintieran los primeros síntomas de hipotermia.

Lauren agarró el micrófono de la radio y lo accionó.

—Unidad tres llamando al director Large. Cambio.

—Large al habla... Felicidades, mis peritas en dulce.

Era alentador oír una voz humana distinta de la de Bethany por primera vez en veinticuatro horas, aunque fuera la voz del señor Large, el director de entrenamiento de CHERUB. Large era un mal bicho. Dirigir a niños en durísimos cursos de entrenamiento no era sólo parte de su trabajo: en realidad disfrutaba haciéndolos sufrir.

—Sólo quiero informar que todo está en orden para mí y para la unidad cuatro —dijo Lauren—. Cambio.

—¿Por qué no estás utilizando la frecuencia codificada? —le espetó Large—. Cambio.

Lauren se dio cuenta de su error y se apresuró a pulsar el botón codificador del receptor.

—Oh... Lo lamento. Cambio.

—Lo lamentarás mañana por la mañana cuando te ponga las manos encima —espetó Large—. Diez puntos menos para Hufflepuff. Cambio y corto.

—Cambio y corto —repuso Lauren resentida. Apagó el micrófono y le dio una patada a la pared de metal—. Dios, te juro que odio a muerte a ese hombre.

Bethany rió un poco.

—No tanto como te odia él por golpearle la cabeza con una pala y dejarlo KO en aquel agujero lleno de barro.

—Cierto —admitió Lauren, permitiéndose una sonrisa mientras recordaba el suceso que había llevado a un brusco final su primer intento en el entrenamiento básico—. Bien, será mejor que nos demos prisa. Tú empieza a traducir las instrucciones. Yo saldré a recoger un poco de nieve para fundirla y tener agua.

Lauren encontró un cubo y sacó la linterna de su trineo. Empujó un poco la puerta metálica del refugio y se escabulló rápidamente por la pequeña abertura para impedir que se escapara mucho calor.

El sol había desaparecido, y sólo el minúsculo rayo de luz que surgía del contenedor permitió que Lauren reparara en la enorme silueta blanca que había sobre la nieve. Creyendo que el cansancio la hacía imaginar cosas, encendió la linterna. Lo que vio despejó todas sus dudas. Soltó un grito, volvió al interior a trompicones y cerró de un golpe la puerta metálica.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bethany sorprendida, olvidándose de las instrucciones de la misión.

—¡Un oso polar! —jadeó Lauren—. Tumbado en la nieve justo enfrente de la puerta. Por suerte parece estar dormido; unos pasos más y habría chocado con él.

—Pero qué dices. No puede ser —replicó Bethany.

Lauren agitó la linterna ante la cara de su compañera.

—Vale, toma esto. Asoma la cabeza y podrás verlo por ti misma.

No hizo falta más que una ojeada para confirmarlo. El enorme animal de pelaje blanco, cuyas fosas nasales despedían un vaho blanquecino, se hallaba a menos de cinco metros de la entrada.

Cuando Lauren se recuperó del susto, las chicas reflexionaron un poco y concluyeron que la situación no era demasiado grave.

Podían conseguir toda el agua que necesitaran asomándose por las puertas de metal y recogiendo la nieve que había

junto a la entrada. Cuando tuvieron bastante, decidieron dejar en paz al enorme oso. Era poco probable que el animal se quedara expuesto al frío toda la noche. Seguramente se marcharía en busca de cobijo antes de que volviera el sol.

El interior del contenedor ya se había caldeado lo bastante para que el aliento no formara volutas de vaho delante de sus caras. Después de la jornada a la intemperie, el aire en el refugio resultaba calentito. Se quitaron las botas y los trajes para la nieve, que colgaron de una cuerda sobre el calentador de gas para que la humedad se evaporara durante la noche.

El suelo metálico del refugio les enfriaba los pies, de modo que se pusieron zapatillas de deporte y extendieron las esterillas de espuma aislante que llevaban en los trineos. Dieron más potencia al calentador y colocaron delante pequeñas latas de ternera y fruta en conserva; luego, Bethany puso un cazo lleno de nieve sobre un hornillo portátil.

Les llevó una hora leer las instrucciones para el último día del curso, a la parpadeante luz de dos lámparas de gas. Las instrucciones, que ocupaban cinco hojas, estaban escritas en lenguas que las chicas habían empezado a aprender al inicio del curso: ruso para Bethany y griego antiguo para Lauren.

En principio las indicaciones eran sencillas. Debían sacar la moto de nieve de su embalaje y prepararla para su primer uso: una tarea que implicaba unir varias piezas con tornillos, lubricar el mecanismo de transmisión y el motor, y llenar el depósito de gasolina. A partir de la salida del sol, tendrían dos horas para recorrer treinta y cinco kilómetros en la moto hasta un punto de control, donde se reunirían con otros cuatro reclutas para algo que las instrucciones describían inquietantemente como «prueba final de coraje físico en condiciones meteorológicas extremas».

—Bien —dijo Lauren, hundiendo la cuchara en una lata de ternera en conserva que estaba caliente y aceitosa por fuera pero dura como piedra en el centro—, por lo menos las instrucciones de uso de la moto están en inglés.

## 2. BOLERA

James Adams llevaba tiempo deseando pasar la noche del sábado en la bolera del pueblo, pero ahora que estaba allí tenía un bajón. Los otros cuatro agentes CHERUB que había en la pista parecían divertirse mucho más que él.

Kyle disfrutaba de una racha muy buena y los trataba a todos con arrogancia, comprándoles perritos calientes y refrescos con la pequeña fortuna que había obtenido haciendo copias piratas de DVD para la mitad de los chavales del campus. Kyle siempre tenía entre manos algún plan arriesgado para ganar dinero, pero, por lo que James recordaba, aquélla era la primera vez que obtenía buenos beneficios.

Los gemelos Connor y Callum también estaban disfrutando, pese a la estúpida apuesta entre ambos por ligarse a Gabrielle antes de que acabase la velada. James les había dicho que lo olvidaran; quizá fueran unos tíos majos, pero Gabrielle tenía trece años y estaba en forma. Si la muchacha quisiera tener novio —cosa que no era así por lo que todos sabían—, estaba claro que no se decantaría por dos chiquillos desgarbados de doce años, de cabello rubio y alborotado y una brecha del tamaño de una caverna entre sus incisivos torcidos.

—¡Pleno! —gritó Gabrielle cuando diez bolos cayeron estrepitosamente en distintas direcciones. Agitó los brazos y sacudió el trasero, ejecutando una especie de extraña danza guerrera—. ¡Estás acabado, Kyle! —aulló. Cuando le dio la espalda a la escena de su triunfo, vio a Connor y Callum son-

riéndole desde sus sillas de plástico, flanqueando el asiento que ella ocupaba antes de lanzar.

—Un lanzamiento fantástico —declaró Callum con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿No te había dicho que lanzarías mejor si no balanceabas tanto el brazo hacia atrás? —terció Connor, dirigiéndole una mirada asesina a su hermano—. Ahora tu equilibrio es mucho mejor.

Gabrielle recordaba el consejo, pero no había lanzado de un modo diferente del habitual. El pleno había sido fruto de la suerte. Miró su silla de plástico y supo que sería incapaz de aguantar un segundo más las adulaciones de aquellos chicos. Metió la mano debajo del asiento y agarró su bolso.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Callum receloso—. ¿Qué ocurre?

—James parece un poco depre —explicó Gabrielle—. Voy a sentarme un rato con él a ver si puedo animarlo.

—Buena idea —aprobó Connor sonriendo—. Te acompaño.

—No, por Dios —replicó ella—. Vosotros dos vais a quedaros donde estáis.

—Pero... —empezó Connor, medio levantado ya, antes de volver a sentarse.

—Chicos, no pretendo ser grosera, pero os estáis comportando de un modo raro y me estáis poniendo de los nervios. ¿No podéis dejarme en paz cinco minutos?

Gabrielle compadeció a los gemelos mientras se inclinaba para recoger su chaqueta. Los dos tenían la misma expresión: como bebés cuya madre los hubiera castigado confiscándoles su juguete preferido.

James estaba en las nubes y miraba fijamente al suelo que había entre sus piernas. Gabrielle le dio unas palmaditas en la rodilla.

—¿Qué te pasa, amargado? —le preguntó sentándose a su lado—. ¿Sigues pensando en Miami?

El verano anterior, James se había visto en una encrucijada y había terminado disparando a un hombre para salvar su propia vida. Aún tenía pesadillas por aquello.

—Supongo. —Se encogió de hombros—. Y echo un poco de menos a Kerry. No sé nada de ella desde hace una semana.

—Yo tampoco. Pero el último mensaje que recibí decía que había llegado a Japón e iba a meterse de lleno en una misión secreta, así que no es de extrañar.

James asintió.

—He hablado por teléfono con su controlador de misión. Dice que todo va bien y que posiblemente Kerry esté de nuevo en casa dentro de un mes o así.

—¿Y qué hay de Lauren? ¿Cómo le va con el entrenamiento básico?

—Ya sabes que todo son rumores. Pero yo creo que Lauren lo estará haciendo bien.

Gabrielle soltó una risita.

—¿Te acuerdas de cuando estábamos en el entrenamiento? —dijo—. Kerry y yo os encerramos a todos los chicos en el balcón de aquel hotel e hicimos que os humillarais para dejaros entrar otra vez.

James se permitió sonreír un poco.

—Sí, y nunca nos hemos desquitado por eso.

Algo frío tocó la nuca de James. Miró alrededor y descubrió que los chicos de dieciséis y diecisiete años que jugaban en la pista contigua los habían rociado a él y Gabrielle con Coca-Cola y hielo. Se comportaban como gamberros, armando bronca y tirando cosas por todos lados.

—¡Eh, tú! —le espetó Gabrielle, mirando con cara de pocos amigos a una masa de acné con la camiseta del Tottenham Hotspur—. ¡Ten cuidado!

—Lo siento —repuso el chico, sonriendo con malicia mientras contemplaba el hielo en el fondo de su vaso de plástico.

Gabrielle tuvo la impresión de que no lo sentía en absoluto.

—¡James! —llamó Kyle—. Tu turno.

James se levantó y sacó una bola del expendedor. Había conseguido un vale para un par de clases gratuitas de bolos, de modo que cuando estaba en vena, iba directo al asunto: lanzar la bola con potencia y acumular puntuaciones respetables. Pero aquella noche no. De hecho, su mal humor no

tenía nada que ver con que echara de menos a Kerry, ni con que le preocupara si Lauren superaría o no el entrenamiento básico. Tenía el ánimo por los suelos porque no había podido emplear una bola de bolos para salvar su vida.

Se colocó sujetando la pesada bola debajo de la barbilla. Hizo un suave y elegante balanceo. La bola chocó perfectamente contra los tres bolos delanteros, y durante un segundo James pensó que había logrado su primer pleno en años. Pero el bolo siete, en el fondo izquierdo, se limitó a tambalearse, y el número diez, en el extremo derecho, ni siquiera tuvo la decencia de imitarlo. James no podía creer en su mala suerte.

—El siete y el diez ni se han inmutado—se regodeó Kyle, palmeándose los muslos—. Vas cuesta abajo de nuevo, Adams.

James echó una ojeada al marcador. Cuando jugaban en grupo, él solía competir con Kyle por el primer puesto y ganaba más de lo que perdía. Pero esa noche ya había perdido dos partidas, y en la tercera iba treinta puntos por debajo de Kyle cuando sólo faltaban cuatro juegos. Pensó que su amigo era cruel al restregárselo por la cara, olvidando muy convenientemente que él habría actuado del mismo modo si fuese Kyle quien tuviese una mala noche.

James agarró su bola en cuanto ésta se detuvo al principio de la pista. Volvió a colocarse para el segundo lanzamiento, mirando con ceño los dos bolos situados en extremos opuestos de la pista.

Para derribar el siete y el diez es necesario golpear un bolo con tal fuerza que choque contra la pared del fondo y rebote hasta darle al bolo del lado opuesto. El golpe requiere una gran dosis de suerte, y ni siquiera un jugador de un campeonato mundial esperaría conseguirlo a menudo.

—No acertarías a los dos ni en cien años—le picó Kyle.

James se giró y le sonrió con suficiencia, esforzándose en demostrar seguridad.

—Aposenta tu culo en la silla y observa a un maestro.

Balanceó la bola tan fuerte como pudo, pero cuando se lanza deprisa se pierde control. La bola se desvió levemente cuando James la soltó. Tenía mucho camino por recorrer, pero el muchacho supo de inmediato que no iba bien.

—Vuelve —masculló ansiosamente cuando la bola se acercó más al canalón—. Vamoosssss, bonita...

La bola cayó a la canaleta con un golpe sordo, a un par de metros del bolo. James se tapó los ojos con las manos y maldijo entre dientes. Casi no se atrevía a girarse, pues sabía que se encontraría con la cara de Kyle, pagado de sí mismo.

—Ocho puntos y una bola en el canalón —dijo Kyle alegremente—. Quizá prefieras ir a las pistas infantiles y preguntarle al supervisor si puedes jugar con los críos de camiseta roja.

—Tal como me van las cosas esta noche, creo que los pequeños me vapulearían —repuso James mientras se dejaba caer en la silla contigua a la de Gabrielle.

—Sin embargo, lo estás haciendo mejor que Callum y Connor —terció ella amablemente, señalando el monitor con las puntuaciones.

—Pues menudo consuelo. Ésos dos son unos negados.

Ella sonrió y le acarició la pierna con el dorso de la mano.

—Supongo que ésta no es tu noche.

Mientras decía esto, volvieron a rociarles la espalda con más Coca-Cola. Se giraron y vieron a dos chicos corpulentos con camisetas de fútbol, peleándose en el suelo en medio de un charco. James esperó a que se separaran para recriminarles:

—¿A qué estáis jugando, imbéciles? Me habéis empapado.

—Y mi blusa está toda mojada —añadió Gabrielle, mirándose la espalda y preguntándose si podría eliminar las manchas.

Los dos tipos soltaron unas risitas mientras se ponían en pie.

—Sólo estábamos divirtiéndonos —respondió el del Tottenham.

Su compañero se mostró menos afable.

—Hay muchos asientos vacíos por allá —gruñó—. ¿Por qué no os cambiáis de sitio?

—Porque ésta es nuestra pista —replicó Gabrielle—. No quiero tener que recorrer kilómetros cada vez que me toque lanzar.

—Sí —coincidió James—. ¿Por qué deberíamos cambiarnos? ¿Sólo porque tú quieres retozar por el suelo con tu novio?

El chico se acercó y le dio un empujón en la espalda.

—¿Me estás llamando maricón?

James y Gabrielle se levantaron y se volvieron hacia los dos muchachos, los cuales eran bastante más altos que ellos.

—No he venido aquí en busca de pelea —dijo James.

—Yo tampoco —repuso el chico—. Pero vas por muy buen camino para acabar metido en una, así que ¿por qué no agarras a la negrata de tu novia y os sentáis en otro sitio?

El tipo superaba a Gabrielle en veinticinco centímetros y quince kilos, de modo que nadie habría esperado lo que sucedió a continuación. Gabrielle, que era cinturón negro II Dan de kárate, lanzó una patada por encima de la hilera de asientos. Su zapato de bolera impactó contra el riñón del tipo, y para cuando éste recuperó el aliento, estaba inmovilizado en el suelo con la nariz sangrando y una uña pintada de naranja hincada en la mejilla.

—¡Lláname eso otra vez! —bramó Gabrielle—. Vamos... a ver si te atreves.

Su voz resonó contra el techo de metal de la bolera, mientras cincuenta pares de ojos atónitos se volvían hacia ella. Todo el local se quedó en silencio, excepto por el sonido de un par de bebés llorones y los pitidos de las máquinas de videojuegos.

James pasó rápidamente por encima de la fila de asientos e intentó apaciguar a su amiga.

—Tranquila, Gabrielle —dijo—. Cálmate. No vale la pena enfadarse por tipos como éste.

La muchacha apartó la mano del rostro de su víctima y se incorporó. James pensaba que había distendido la situación, pero entonces vio que otros cuatro tíos estaban rodeándolos. Y de pronto recibió un torpe puñetazo en un lado de la cabeza.

Instintivamente, James lanzó el codo hacia atrás para librarse de su atacante: le dio en pleno rostro y lo hizo retroceder trastabillando. Los otros tres se lanzaron. Dos arremetieron contra James, mientras el de la camiseta del Tottenham

intentaba derribar a Gabrielle arremetiendo contra su espalda.

CHERUB había entrenado a James para desenvolverse en una pelea, pero hay un límite a lo que puedes hacer contra tres oponentes significativamente más grandes que tú. Por fortuna, sus compañeros ya acudían en su ayuda.

Kyle, Connor y Callum sortearon los asientos y se abalanzaron sobre los matones. James recibió un segundo puñetazo, y sus zapatos de bolera chirriaron cuando perdió el equilibrio en el pulimentado suelo de madera.

Trató de ponerse en pie de nuevo, pero se encontró atrapado en el suelo mientras una maraña de piernas y brazos se enzarzaban sobre su cabeza. Vio que la rodilla de Kyle golpeaba a alguien en el estómago, y a un tipo con camiseta del Tottenham a quien los gemelos inmovilizaban con una llave de brazo.

Para cuando un grupo de adultos —incluidos los dos supervisores de CHERUB que vigilaban a los más pequeños en las pistas infantiles— intervino para acabar con la pelea, no había duda sobre el resultado. Los cinco agresores se arrastraban por el suelo doloridos en diversos grados, rodeados por un círculo de agentes CHERUB de expresión inflexible que los desafiaban a hacer otro movimiento.

James giró sobre su espalda y tomó una gran bocanada de aire. Sintió una pequeña oleada de orgullo por estar en el bando de los ganadores, incluso aunque su principal contribución hubiera sido recibir un golpe en la cabeza y caer redondo. Pero aquellos chicos se merecían la lección recibida; el modo en que habían insultado a Gabrielle era inaceptable.

No obstante, el buen humor de James se empañó cuando logró sentarse en una silla de plástico. Le dolía la cabeza, la ropa le había quedado hecha un asco y habría consecuencias cuando regresaran al campus.

El doctor Terence McAfferty, conocido como Mac, se quedó mirando fijamente a los cinco chavales plantados frente a su enorme escritorio de roble, preguntándose cuántas veces se

había visto ante muchachos con los mismos rostros preocupados a lo largo de los quince años que llevaba como director general de CHERUB. Estaba seguro de que el número se contaría por millares.

—Y bien —dijo con cansancio—, ¿qué ha provocado la pelea de esta noche en la bolera?

—Un tipo se metió con Gabrielle —explicó Kyle dando un paso adelante; asumía el papel de portavoz por ser el mayor—. Estaban molestándonos y comportándose como idiotas. Así que perdimos los estribos y les ajustamos las cuentas.

—Así pues, todos decidisteis simultáneamente ajustarles las cuentas —repuso Mac, sabiendo que era una coartada—. Y supongo que ninguno de vosotros es más culpable que los demás, ¿verdad?

—Exacto —mintió Kyle.

El resto de sus compañeros asintió. Durante el trayecto de regreso al campus en minibús se habían puesto de acuerdo. Gabrielle había iniciado la bronca, pero porque la habían ofendido con un insulto racista, y ninguno de sus amigos pensaba que se mereciera cargar con todas las culpas.

—Comprendo —dijo Mac—. Si así es como queréis que lleve esto, así será. Pero he hablado con los miembros del personal que estaban en la bolera, y creo que tengo una idea bastante aproximada de lo que sucedió en realidad. —Dirigió una mirada cargada de intención a Gabrielle y James—. No tendría que explicaros lo grave que habría podido ser este incidente. Se os ha instruido al respecto una y otra vez. ¿Cuál es la prioridad número uno para los agentes CHERUB cuando están fuera del campus?

Los muchachos recitaron la respuesta a distinta velocidad y con diversos grados de entusiasmo:

—Procurar pasar inadvertidos.

—Pasar inadvertidos, exacto —asintió Mac—. CHERUB es una organización secreta. La seguridad de nuestros colegas que ahora mismo están llevando a cabo misiones secretas depende de que nadie sepa que existimos. Cuando estáis fuera del campus, en ningún caso debéis atraer una atención indebida. Debéis evitar los problemas a cualquier precio, incluso bajo una provocación extrema. ¿Ha quedado claro?

—Sí, señor —afirmaron todos muy serios.

—Esta noche en la bolera, mucha gente ha visto una exhibición de vuestras técnicas de lucha. ¿No creéis que sentirán curiosidad por quiénes sois y por cómo unos jovencitos pueden haber adquirido tal destreza en artes marciales avanzadas? ¿Podéis imaginar el revuelo que se habría armado si uno de esos chicos hubiera resultado gravemente herido? Sé que todos estáis entrenados para el combate cuerpo a cuerpo y que tenéis el sentido común de emplear la fuerza mínima, pero aun así pueden suceder accidentes inesperados.

»Aparte de todo esto, podéis consideraros muy afortunados de que yo tenga contactos en la comisaría local. He tenido que utilizar mis influencias para impedir que estuvierais ahora mismo en un calabozo, pendientes de una grave acusación... Bien, ahora fijaremos vuestros castigos.

Era medianoche. Los chavales habían soportado el sermón entre cansados y nerviosos, pero atendieron de repente ante la mención de un castigo, ansiosos por saber qué iba a ocurrirles.

—En primer lugar, prohibido ir al pueblo en los próximos cuatro meses —anunció Mac—. En segundo lugar, en CHERUB siempre andamos escasos de alumnos, y justamente ahora necesitamos contar con sangre nueva...

Metió la mano en un cajón del escritorio y sacó un fajo de instrucciones para misiones. James soltó un bufido cuando comprendió que iban a enviarlos a algún hogar infantil para captar a un nuevo agente CHERUB. Él nunca había participado en una misión de reclutamiento, pero la gente que sí lo había hecho aseguraba que eran una lata.

### 3. FAUNA

Era casi medianoche cuando Lauren y Bethany acabaron de preparar la moto de nieve para el viaje del día siguiente. El vehículo estaba diseñado para que cualquiera capaz de seguir unas instrucciones básicas pudiese sacarlo de su embalaje, ensamblarlo, lubricarlo y aprovisionarlo de combustible.

Las niñas unieron sus sacos de dormir y se apretujaron dentro de ellos. Según el manual de supervivencia en un entorno frío, dormir en sacos individuales proporciona más calor. Pero los libros de texto no tienen en cuenta el confort que da quedarte dormida al lado de tu mejor amiga, incluso aunque el brazo cubierto de forro polar con que te rodea la espalda apeste a gasolina.

Unos débiles rayos de luz se colaron en el refugio cuando el sol empezó a asomar por el horizonte, pese a los cartones que las chicas habían colocado en las puertas de metal para evitar las corrientes de aire.

Lauren y Bethany estaban profundamente dormidas cuando sonaron sus despertadores, con sólo unos segundos de diferencia. Las muchachas no corrían riesgos. Habían activado dos alarmas por si uno de los relojes fallaba. Cualquier error podía hacer que no llegasen al último punto de control, y entonces sus noventa y nueve días de padecimientos no habrían servido para nada. Intentaban no pen-

sar en un posible fracaso, pero era como estar atrapado en un edificio en llamas y no pensar en el fuego que ascendía.

Lauren abrió la cremallera y salió de su saco de dormir. Encendió una de las lámparas. Bajo sus pies cubiertos con calcetines, el suelo del contenedor estaba congelado. Bethany siempre remoloneaba y, como todos los días desde el comienzo del entrenamiento, hizo falta un empujón de su amiga para ponerla en movimiento.

—Venga, gandula —dijo Lauren—. Empieza a empaquetar nuestro equipaje y yo prepararé las gachas de avena. Será más seguro salir cuando haya bastante luz.

Mientras decía esto, se agachó sobre un cubo de metal situado en medio de la estancia y procedió a la poco digna tarea de bajarse el traje polar y la ropa interior termal con la que había dormido.

—¿Por qué no seré un chico? —preguntó retóricamente, mientras Bethany se incorporaba en su saco de dormir y metía en sus botas fundas de usar y tirar—. Con un pene, esta historia sería mucho más sencilla.

—Imagina lo que estarán haciendo nuestros hermanos ahora mismo. Con la diferencia horaria, allí es hora de irse a la cama. Apuesto a que están sentados delante de la tele, con bebidas calientes y galletas de chocolate.

Lauren se echó a reír.

—Conociendo a James, estará en las pistas de atletismo, castigado a dar unas cuantas vueltas.

—Probablemente con Jake —sonrió maliciosa Bethany—. Mi hermano es casi tan malo como el tuyo.

—¿Quieres usar el cubo antes de vaciarlo fuera? —preguntó Lauren mientras se ajustaba la ropa interior y se subía la cremallera del traje polar.

—Sí, pásamelo. Estoy que reviento. Espero que el oso se haya largado.

Lauren esbozó una sonrisa.

—Si no se ha ido, está a punto de despertar con un cubo de pis por la cabeza.

Después de que Bethany orinase, Lauren empujó con cuidado la puerta de metal con un hombro. Costaba moverla

por el medio metro de nieve acumulada al otro lado durante la noche. El aire frío le heló la cara y las manos desnudas. Vertió el contenido del humeante cubo y echó una ojeada a través del aguanieve.

—Mierda —exclamó nerviosa—. Aún está ahí.

El oso durmiente estaba cubierto por la nieve caída durante la noche, dejando tan sólo un hueco alrededor del hocico por el aliento cálido que brotaba de su nariz.

—Mira qué tamaño tiene. Apuesto a que podría matarnos de un solo golpe. Será peligroso sacar la moto de nieve mientras siga aquí. Tendremos que ahuyentarlo.

—Hagámoslo ahora —apuntó Bethany, acercándose a la rendija de la puerta—. Así estará lejos cuando tengamos que irnos.

Lauren estuvo de acuerdo.

—En los programas de televisión siempre dicen que los animales grandes se asustan fácilmente, así que no será muy complicado.

Sacó el cubo y empezó a aporrear la puerta de metal tan fuerte como pudo. Las chicas tuvieron que taparse las orejas para soportar el estrépito. El oso, sin embargo, no se movió ni un centímetro.

—Qué criatura tan estúpida —espetó Lauren.

—Tal vez deberíamos tirarle algo.

A través de la puerta abierta comenzaba a escaparse el calor, y las niñas no iban bien abrigadas. Regresaron al interior para ponerse guantes y pasamontañas. Bethany rebuscó algún objeto apropiado para lanzar; Lauren puso en un cazo copos de avena, leche en polvo y agua, y lo colocó sobre el hornillo de camping para que su desayuno fuera calentándose mientras se ocupaban del problema con la fauna autóctona.

Bethany se aproximó a las puertas con dos cacerolas, los únicos artículos de su equipamiento de acampada que parecían lo bastante potentes para despertar a un oso polar.

—Tendré que acercarme para estar segura de no fallar. Pero el oso podría cargar contra mí, así que sostén la puerta y estate preparada para cerrarla en cuanto yo regrese.

El corazón de Bethany latía desbocado cuando se acercó hasta quedar a tres metros del oso, sujetando una cacerola en cada mano. Le lanzó las dos antes de girar sobre los talones y echar a correr hacia el refugio en medio de una estela de nieve.

Lauren cerró la puerta de golpe tras ella. Bethany llevaba tal impulso que chocó contra un trineo y acabó despatarrada en el suelo.

—¿Estás bien?

—Sobreviviré —respondió Bethany jadeando mientras se incorporaba—. ¿Ha funcionado?

La preocupación principal de Lauren había sido la seguridad de su amiga. No había visto la reacción del oso entre la nube de nieve, de manera que volvió a abrir la puerta unos centímetros y echó una ojeada.

—No puedo creerlo —dijo sin aliento.

Bethany asomó la cabeza por la abertura y tampoco pudo creer lo que vio. El oso no se había movido. Lo único que había cambiado era que ahora el animal tenía una cacerola delante de la nariz, en el suelo, y otra atascada en la nieve del lomo, que subía y bajaba con la respiración.

—Tenía que pasar justamente esta mañana, ¿no? —resopló Lauren, tensa—. A esta hora ya deberíamos haber tomado el desayuno, preparado el equipaje y sacado la moto.

—Piensa, mujer —se dijo Bethany, golpeándose los muslos con las manos enguantadas—. Ha de haber una manera de que se mueva.

—Quizá sea sordo o algo así.

—Piensa, piensa, piensa... ¿Qué tal si cargamos todo en la moto y la sacamos con sigilo?

—Demasiado peligroso. ¿Y si lo alertamos en el momento equivocado y se lanza sobre nosotras? No tendríamos ninguna oportunidad.

—Es verdad. Pero mirando a ese bulto dormilón, diría que hace falta meterle un petardo en el culo para lograr que reaccione.

—¡Eso es! —exclamó Lauren—. Bethany, eres un genio.

—¿Qué? No tenemos petardos. Sólo bengalas de emergencia, pero si las encendemos, el helicóptero de rescate

vendrá por nosotras y habremos suspendido el entrenamiento.

—No tenemos petardos pero podemos hacer fuego. A los animales les asusta el fuego.

Sintiendo que no podía perder tiempo en explicaciones, Lauren se puso a rebuscar entre los restos del embalaje de la moto de nieve, al fondo del refugio. Agarró una larga lámina de cartón y rasgó una sección de unos treinta centímetros de ancho por tres metros de largo. Luego enrolló el cartón para formar un tubo.

—Ata esto con un poco de cinta adhesiva —pidió a su amiga.

Bethany tomó las fuertes tiras de plástico adhesivo que habían cortado en la caja del vehículo y las pasó alrededor del tubo haciendo nudos.

—¿Vamos a darle con esto? —preguntó.

—Ajá —asintió Lauren, mientras reunía los pedazos de tela impregnada de aceite que habían empleado con la moto de nieve y los introducía por un extremo del tubo—. El aceite de estos trapos prenderá fácilmente —explicó—. Durará sólo lo suficiente para que el oso sienta una lengua de fuego.

—Bien pensado —aprobó Bethany con admiración, y sacó una pequeña bengala del trineo mientras Lauren se aproximaba a la puerta.

—Prepárate para cerrar en cuanto vuelva —dijo Lauren—. Al oso no va a gustarle nada.

Bethany se acercó de puntillas con la bengala y prendieron los trapos aceitosos, que desprendieron inmediatamente llamas azules. Lauren sacó el tubo por la puerta, esperando que el helado viento no lo apagara.

El fuego se tornó naranja cuando Lauren inclinó el tubo hacia delante y el cartón empezó a arder. Su segundo paso sobre la crujiente nieve dejó el extremo en llamas a medio metro de la cabeza del animal. Entonces depositó el tubo sobre la nieve y lo hizo rodar hacia la bestia. Segura de que el oso retrocedería en cuanto las llamas lo alcanzaran, la niña corrió de vuelta al refugio, y Bethany cerró la puerta tras ella.

Contuvieron la respiración durante un largo minuto antes de abrir un poco la puerta para espiar. Esperaban encontrarse con un oso de cuatrocientos kilos enloquecido y con la nariz chamuscada, pero lo que vieron resultó más chocante: la cabeza del animal estaba en llamas, y la cuenca del ojo se le había hundido en el cráneo.

—¡Lo hemos matado! —exclamó Bethany—. El pobrecito debía de estar viejo o enfermo.

Pero Lauren no podía creerlo. Había reparado en las volutas grises que surgían de la parte posterior del animal. La chiquilla no sabía mucho sobre la anatomía de los osos polares, pero estaba segura de que no eran huecos por dentro.

—Es falso —declaró.

Se internó en la nieve hasta el oso humeante y se inclinó sobre él. A pesar del humo, pudo ver la cavidad interna por donde se había derretido la cabeza. El oso estaba recubierto con un pelaje de nailon, extendido sobre una estructura de alambre. En su interior vio los fuelles de plástico, los tubos de goma, la batería de automóvil y la bomba eléctrica que habían simulado la respiración del animal.

—Debimos suponerlo —bramó Bethany furiosa, levantando ráfagas de nieve a patadas—. Después de todas las trampas que nos han puesto los monitores...

Lauren miró su reloj.

—Yo diría que ya hemos perdido quince minutos de luz diurna. Zampémonos el desayuno y salgamos de aquí.

Las gachas de avena estaban borboteando al borde del recipiente cuando las niñas regresaron al refugio. Lauren roció las gachas con una buena dosis de glucosa en polvo y un suplemento energético de absorción lenta, diseñado para los corredores de largas distancias. Las chicas necesitarían todas las calorías de aquella comida energética para mantener el cuerpo caliente en su trayecto de treinta y cinco kilómetros en moto de nieve. Cuando todo estuvo bien mezclado, las gachas tenían una textura arenosa y la palidez gris del cemento, pero las muchachas apenas lo tuvieron en cuenta mientras engullían a grandes sorbos aquella espesa mezcla.

—Espero que no haya más trampas —dijo Lauren mientras se enjugaba un hilillo de gachas de la comisura de la boca.

Bethany habló con la boca llena:

—Si es que podemos mantener la cabeza sobre los hombros cuatro horas más...